Dominicanos

Orlando Alba

Monolingüismo

Español

Aunque no existen estudios que permitan establecer con precisión la proporción exacta de los monolingües en español en la comunidad dominicana en los Estados Unidos, muchos la consideran mayor que la correspondiente a otros grupos de inmigrantes hispanos, como los cubanos y los puertorriqueños, principalmente. Para encontrar una explicación a esta situación hay que tomar en consideración dos factores básicos que sin duda favorecen la utilización del español como único medio de comunicación. Por un lado, la tendencia de muchos dominicanos a permanecer encerrados en su propio grupo, y a no tener relaciones estrechas con los norteamericanos, sean estos blancos o negros, ni con inmigrantes nativos de otras procedencias. Por otra parte, es conocido su empeño por no perder el contacto con su país de origen, al que viajan continuamente, y con el que conservan comunicación permanente, a través del teléfono y de medios como Internet y la televisión vía satélite, entre otros.

Como es natural, el monolingüismo en español se produce de manera especial entre los inmigrantes recientes, un grupo que se renueva cada día con la adición de los que continúan llegando ininterrumpidamente, y entre los que solo han vivido en territorio norteamericano durante poco tiempo. Pero también es muy común la situación de muchos dominicanos de primera generación, de edad adulta o avanzada, con 25 o más años de residencia en los Estados Unidos, que pueden considerarse monolingües en español, ya que su competencia en inglés, tanto la activa como la pasiva, es notablemente limitada.

De acuerdo con una investigación realizada a finales de la década de los años ochenta por Ofelia García, Isabel Evangelista, Mabel Martínez, Carmen Disla y Bonifacio Paulino (1988) en dos comunidades de Nueva York, el 100% de los entrevistados indicó que hablaba bien español. Esta autoevaluación fue ratificada con la adecuada actuación lingüística que exhibieron al responder las preguntas del cuestionario. Solo 9 de un total de 294 de los entrevistados prefirieron responder en inglés. El 97% restante se expresó con fluidez en su lengua materna. En uno de los barrios, Washington Heights[1], se utilizó una muestra de 118 informantes, de los cuales aproximadamente el 80% eran dominicanos. La mitad de todos los entrevistados señaló que no hablaba inglés. Además, los resultados de este estudio de García et ál. (1988: 484) confirman que los residentes de Washington Heights, en su mayoría dominicanos, ven más la televisión en español, escuchan más estaciones de radio en español, leen más en español y hablan más entre sí en español que los residentes de Elmhurst-Corona.

En varios sectores de la ciudad de Nueva York se pueden realizar las actividades normales de la vida cotidiana sin necesidad de saber absolutamente nada de inglés. En muchas iglesias se ofrecen los servicios religiosos en español; existen clubes y asociaciones que realizan en español actos, reuniones, competencias deportivas, concursos; y las actividades comerciales se desarrollan también en español, en bodegas, supermercados, oficinas, agencias de envíos, casas de cambio, restaurantes, farmacias, peluquerías, barberías, etc.

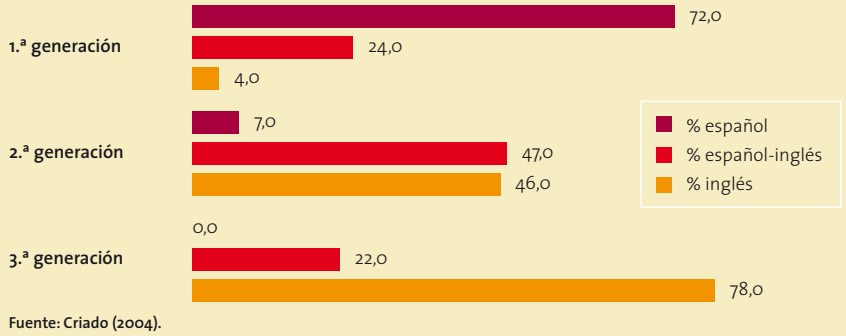
Inglés

La mayoría de los inmigrantes europeos que llegaron a los Estados Unidos al final del siglo XIX y a lo largo de todo el siglo XX, al cabo de tres generaciones, ya se habían converti-

do en hablantes exclusivos de inglés. Esta misma situación parece repetirse ahora, más o menos, con los hispanos a pesar de las continuas oleadas inmigratorias.

Diversos estudios destacan la rapidez del giro lingüístico hacia el inglés entre los hijos de los inmigrantes, a pesar de las condiciones que pueden favorecer la continuidad del español[2]. María Jesús Criado (2004) señala que, según un estudio efectuado por el *Washington Post*, la Fundación Familia de H. Kayser e investigadores de Harvard en el año 2000, casi el 80% de los miembros de la tercera generación en la comunidad hispana hablaban únicamente, o sobre todo, inglés en casa, y apenas el 1% hacía un uso más extensivo del español. Estas proporciones fueron confirmadas también por la encuesta, en 2002, del Centro Pew Hispanic y la fundación citada, como se puede observar en la gráfica 1.

gráfica 1 **Lengua usual en casa en la población hispana según la generación** [3]



Fuente: Criado (2004).

La preeminencia del inglés se revela también en el terreno de las actitudes. Según los datos de Portes y Rumbaut (2001), el 95% de los cubanos que asisten a escuelas privadas bilingües prefiere hablar inglés. Entre los mexicanos, esta cifra desciende al 73,3%. Con frecuencia, además, la falta de aprecio o el bajo nivel de estimación hacia el español por parte de los hijos se transforma en un abierto rechazo a emplearlo incluso con los padres, aunque estos insistan en ello o no dominen el inglés.

Sin embargo, la comunidad dominicana presenta a este respecto un panorama ligeramente distinto. En contraposición con el número relativamente importante de dominicanos que solo hablan español, el monolingüismo en inglés es un fenómeno bastante aislado y más bien raro dentro de ese grupo caribeño.

El paso de una generación a otra tiene un poderoso efecto erosivo en la retención de la lengua materna. En la medida en que aumenta el tiempo de residencia en los Estados Unidos, también se eleva gradualmente la proporción de los inmigrantes que hablan solo inglés en casa (vid. Rumbaut, 2007). Al llegar a la tercera generación y, por supuesto, a las siguientes —cuando las hay— el paso hacia el monolingüismo en inglés es casi automático. La mayor parte de los niños, entonces, solo habla inglés en casa, lo que convierte en poco probable que al llegar a la adultez sean bilingües.

Ahora bien, en estudios llevados a cabo por Alba, Logan y Lutz (2002) y por Richard Alba (2004) se concluye que aunque efectivamente el patrón predominante entre los miembros de la tercera generación de inmigrantes es el monolingüismo en inglés, la excepción a la regla la constituyen los dominicanos. Este grupo es conocido por sus constantes idas y venidas a su país de origen, al que siempre se mantienen ligados, y también por el firme empeño de los padres en que sus hijos aprendan español como indicio de lealtad a sus antepasados y a su país.

El cuadro 1, elaborado con datos de la investigación de Richard Alba (2004), muestra de manera muy clara este importante cambio intergeneracional. En todos los casos se observa un dramático incremento del monolingüismo en inglés al llegar a la tercera generación, es decir, a la de los niños cuyos padres también nacieron en los Estados Unidos. Dentro de esta categoría, hablan solamente inglés en casa el 68% de los cubanos y el 71% de los mexicanos. Pero de los dominicanos lo hacen menos de la mitad, apenas el 43,7%. Cabe destacar también el hecho de que en la segunda generación el uso exclusivo del inglés caracteriza a menos del 10% de la población dominicana, una proporción muy inferior a la que se registra en otros grupos, en especial, entre los puertorriqueños, con el 29%, y los cubanos, con el 26,5%.

cuadro 1 **Porciento de niños (6-15 años), según el factor generacional, que hablan solamente inglés en casa**

	Primera generación	Segunda generación	Tercera generación
Mexicanos	5,1%	11,1%	71,2%
Puertorriqueños	11,6%	28,9%	61,9%
Cubanos	5,5%	26,5%	67,9%
Dominicanos	5,6%	9,7%	43,7%

Fuente: Richard Alba (2004).

Usos, dominios, resultados

Lamentablemente no son abundantes los estudios que se han llevado a cabo sobre la actuación lingüística de los dominicanos en los Estados Unidos. Y entre los realizados, no existen investigaciones generales que abarquen una muestra representativa de ese universo que está conformado por cerca de un millón y medio de inmigrantes, concentrados principalmente en la costa este del país.

Hasta la fecha, dos investigadores han estado a la cabeza de los pocos trabajos que analizan diversos aspectos del español dominicano en suelo norteamericano: Almeida Jacqueline Toribio (2000a, 2000b, 2003, 2006) y Benjamin Bailey (2000a, 2000b, 2000c, 2002, 2003). Es oportuno también consignar aquí el proyecto iniciado desde hace unos años por Robert Smead y Orlando Alba, que hasta ahora ha reunido un gran cúmulo de datos, aún a la espera de ser analizados[4].

Generalmente se agrupan las tres variedades hispánicas antillanas (la cubana, la puertorriqueña y la dominicana) bajo la etiqueta de 'español del Caribe', como si se tratara de una sola entidad dialectal. Así, por ejemplo, en el caso del español hablado por las comunidades inmigrantes de Nueva York, se suele generalizar afirmando que representa la variedad caribeña, en oposición a la que se habla en Los Ángeles, por ejemplo, que ilustra principalmente la modalidad mexicana. Sin embargo, esta impresión de unidad y a veces, incluso, de uniformidad contrasta con las creencias y apreciaciones subjetivas de los propios hablantes cubanos, dominicanos y puertorriqueños, para quienes sus respectivos dialectos son inconfundibles. Se sabe que el hombre de la calle y también los medios de comunicación a menudo utilizan con bastante eficacia una serie de fenómenos lingüísticos como índices caracterizadores de los nativos de cada país. A este respecto, es pertinente citar el comentario hecho por un conocido humorista dominicano[5] en un teatro de la ciudad de Nueva York, ante una audiencia compuesta principalmente por dominicanos:

> Señore, lo dominicano somo una raza que no damo a conocer dondequiera que vamo. El dominicano no tiene que ver para darse a conocer. Mira, lo dominicano vamo a Puer-

> to Rico, y hablamo como puertorriqueño. Cruzamo pa Miami, y hablamo una mehcla de puertorriqueño con cubano. Y ponemo vaina de aquí. Y te dicen, pue nene, ehpérate un momento que tengo que ir a chequear esa vaina, chico, que eso e... ta del carajo.

Cuando el comediante afirma 'lo dominicano vamo a Puerto Rico y hablamo como puertorriqueño; cruzamo pa Miami, y hablamo una mehcla de puertorriqueño con cubano', obviamente da a entender que considera distinto su modo de hablar y el de sus compatriotas al de los nacionales de las otras dos islas.

En este mismo sentido, Bailey (2002: 57) señala que los adolescentes dominicanos de Providence distinguen con facilidad la modalidad dominicana de la puertorriqueña, que es la variedad hispánica más similar a la suya y también la más difundida en esa ciudad, después de la dominicana. Basan su distinción en diferencias de pronunciación, en especial relativas a la entonación, y en el distinto contenido semántico de ciertas palabras.

La discrepancia de visiones, es decir, la de quienes perciben la variedad caribeña como única y la de los que consideran que cada comunidad antillana posee una identidad dialectal diferente, podría tener su explicación en variados factores. En tanto unos (los lingüistas o los investigadores), en su búsqueda de patrones y de generalizaciones, con frecuencia se inclinan por poner el énfasis en las semejanzas, los otros (los usuarios, los hablantes) centran especialmente su atención en las diferencias, en lo individualizador. Desde otra perspectiva, desde fuera, el observador suele fijarse solo en el habla culta y tiende a percibir la realidad en su conjunto, sin discriminar los detalles o los aspectos particulares. Esto explicaría su percepción de homogeneidad o de unidad. En cambio, desde dentro, a los hablantes les resulta más fácil advertir las diferencias con las que tienen un contacto directo o inmediato.

Bilingüismo equilibrado o desequilibrado

En las situaciones de lenguas en contacto, como es el caso del español de los dominicanos en los Estados Unidos, el bilingüismo resulta natural. Este hecho se presenta con mayor frecuencia en la población de segunda y de tercera generación, porque entre los inmigrantes dominicanos de primera generación es muy común el monolingüismo en español.

En general, puede decirse que la tendencia regular se orienta a un bilingüismo con predominio del español entre los miembros de la primera generación, que han emigrado en edad adulta y han logrado aprender inglés. Recuérdese que muchos de ellos permanecen, durante toda su vida, monolingües en español. Por el contrario, es más común el bilingüismo con predominio del inglés entre quienes han emigrado antes de los 12 ó 13 años de edad, en especial si han asistido a la escuela en inglés, y, por supuesto, entre los componentes de la segunda generación. En la determinación de la situación lingüística de los que llegan antes de los 12 ó 13 años, los factores que parecen ejercer una contribución mayor son la asistencia a la escuela y el entorno social en el que se desenvuelven. No hay que olvidar que en la comunidad inmigrante no es raro que la realidad económica obligue a muchos adolescentes a trabajar, y en ciertos casos, los conduzca a la deserción escolar.

Ahora bien, el fenómeno del bilingüismo reviste una complejidad tan grande que conviene realizar ciertas precisiones a este respecto. La primera de ellas tiene que ver con el hecho de que las lenguas o los códigos lingüísticos, como el inglés o el español, no son entidades monolíticas y homogéneas, sino que, al contrario, encierran una multiplicidad de elementos y de formas. En realidad, las lenguas son macrosistemas, o conjuntos de posibilidades, caracterizados por su heterogeneidad y su variabilidad.

En el caso específico de los dominicanos de segunda generación, estudiantes de bachillerato en una escuela de Providence, Bailey (2002) resalta la diversidad de formas que utili-

zan cuando se comunican entre sí. En simples y breves intervenciones que sostienen los participantes en sus diálogos, en los que generalmente alternan el uso de ambas lenguas, se pueden observar peculiaridades propias del español dominicano, del inglés afroamericano, del inglés de la clase trabajadora de Providence, etc.

Otra observación que se impone con relación a la complejidad de la situación lingüística en cualquier comunidad, pero en especial en la de un grupo de inmigrantes, es el hecho de que coexisten diversas generaciones de hablantes. Por un lado están los miembros de la primera generación, los nacidos en su país de origen. Pero dentro de esta categoría, se cuentan los que han emigrado a una edad muy temprana y los que han llegado ya de adultos. Entre los últimos hay que distinguir a los recién llegados de los que tienen 15, 20 o más años de residencia en el país anfitrión. Y por supuesto, la realidad lingüística es muy distinta entre los componentes de la segunda generación, nacidos en los Estados Unidos de padres inmigrantes, y aun más entre los de la tercera generación, hijos de padres que también nacieron en el lugar de acogida de sus antepasados.

Aparte de las consideraciones anteriores, tampoco deben olvidarse las diferencias en cuanto al nivel sociocultural y las relativas a la procedencia geográfica de los inmigrantes en su país de origen. En relación con el primero de esos factores, si es verdad que la mayoría de dominicanos radicados en Norteamérica se encuentran situados en la zona inferior de la escala social, hay que reconocer que tampoco existe homogeneidad ni mucho menos uniformidad en este sentido. Frente a personas de muy escasa escolaridad, que apenas están alfabetizadas, también hay ciudadanos de clase media, sin duda en una proporción menor a la representada por los primeros, con estudios secundarios e incluso universitarios. De los dominicanos de segunda generación de más de 25 años de edad, el 21,9% ha terminado una carrera universitaria y cerca del 38% tiene algún tipo de educación superior (Hernández y Rivera-Batiz, 2003). En este terreno, la situación de los inmigrantes dominicanos es visiblemente superior a la de los mexicanos y puertorriqueños. Entre los primeros, solamente el 13,3% ha terminado una carrera universitaria y entre los segundos, el 12,1%. Los cubanos son los únicos que aventajan a los dominicanos en cuanto al nivel de educación. Frente al 22% de dominicanos nacidos en los Estados Unidos, los cubanos que lo han logrado representan el 36% de su comunidad.

Con respecto a la variable 'procedencia geográfica', son de conocimiento general las diferencias, especialmente fonéticas, que separan a los habitantes de la región norte o Cibao, por ejemplo, de los de Santo Domingo, la capital del país.

No se puede pasar por alto, además, el factor de mayor importancia tal vez en la selección de una u otra variedad por parte del hablante: el estilo de habla, que depende de la situación concreta en la que se encuentran los interlocutores. Está ampliamente documentado el caso de los hijos que hablan en español con sus padres, pero alternan en inglés con sus hermanos y con sus compañeros de escuela.

Las precisiones anteriores permiten entender que las características que se citan aquí como propias del español de los dominicanos en los Estados Unidos, por lo general, tienen una aplicación parcial, relativa a un subgrupo, no a la totalidad de la población.

El español dominicano en los Estados Unidos

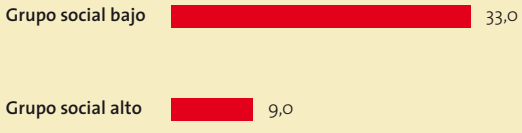
Fenómenos fonéticos

La /d/ intervocálica postónica

Un ejemplo concreto que sirve para ilustrar lo comentado es el de la elisión de la /d/ intervocálica postónica, en casos como *acabao*, por *acabado*. Según indica la gráfica 2, que

recoge los datos de una investigación realizada hace poco tiempo en la República Dominicana, el grupo social bajo supera al alto en cuanto a la frecuencia con que suprime la /d/ en una proporción mayor de tres a uno. Estos resultados certifican la idea de que la eliminación abundante de la /d/ es un fenómeno sin prestigio, que se percibe como síntoma de escasa educación. La diferencia tan notable en la frecuencia con que el cambio es producido por ambos grupos lo convierte en un hecho que identifica a quienes más lo practican: los hablantes del nivel social bajo. En otras palabras, el proceso de elisión de la /d/ intervocálica postónica es un claro indicador de diferencias sociales y educativas entre los dominicanos, sean residentes en su país, o en los Estados Unidos. Se trata de un hecho, verificado objetivamente, que desmiente los juicios infundados emitidos por algunos investigadores para quienes el proceso de debilitamiento y elisión de la /d/ intervocálica no constituye una marca sociolingüística de educación y de nivel social en el español del país y consecuentemente en el de la comunidad dominicana de los Estados Unidos[6].

gráfica 2 **Elisión de la /d/ intervocálica según el nivel social (%)**



Fuente: Elaboración propia.

A modo de ilustración se presentan dos fragmentos: el primero corresponde a una mujer de clase media alta y el segundo a un obrero de clase baja. Según se observa, en el primer texto aparecen ocho /d/ intervocálicas, todas conservadas. En cambio, en el segundo, la mitad de esos segmentos son elididos.

A. 'Al regresar, nunca trabajé, pero siempre me han gustado todas esas otras actividades, eso de las Damas Amigas de la Universidad, que el Patronato del Hospital de Niños, el Voluntariado ahora en el hospital. Eso siempre me ha gustado y lo he seguido y entonces ahora, desde enero, estoy yendo a la veterinaria de tarde, porque también sucede que la cuñada mía, Marta, está encinta y entonces, a la hora que dé a luz, soy yo la que me voy a quedar allá, así es que...'.

B. 'Yo no tengo má na, má nada absolutamente. Tengo un hijo que etá en la ecuela, y son cincuentamí cosa. El papá mío y la mamá y la mamá mía tán ahí también, que hay que etarlo viendo. En siendo cosita que se mueva, tengo yo que saber de todo. Adió, yo tengo, que los viejo mío me lo traje, vedá, ...su comida no le falta, pero aunque quede pasao, porque to lo mese tengo que quedá pasao'.

Las líquidas /r/ y /l/

Lo mismo se debe decir con relación a las diferencias asociadas con el factor diatópico. En el español popular de la República Dominicana, las variaciones que presentan las líquidas /l/ y /r/ cuando se sitúan en posición final de sílaba son una de las características más típicas de la pronunciación espontánea que, por lo demás, tienen una función sintomática de la procedencia geográfica de los hablantes. Los dominicanos pueden reconocer generalmente si un conciudadano es de la región suroeste, de la zona este, del Cibao o de la capital, según pronuncie *argo*, *aggo*, *aigo* (algo), o *puelta* (puerta), respectivamente.

Todas estas diferencias, tanto las creadas por el factor sociocultural, como las condicionadas por la procedencia geográfica, se manifiestan de igual modo en la lengua de los inmigrantes. Estos adquieren su modo de hablar, lógicamente, en el contexto social de sus fa-

miliares y de su grupo de amigos o de compañeros, no en el vacío. En este sentido, es natural, y así lo han señalado diversos autores, que el español hablado por los dominicanos de Nueva York o de Massachusetts reproduzca las mismas características del que se habla en la República Dominicana.

En uno de sus trabajos sobre la situación de la lengua de los dominicanos en Nueva York, Toribio (2000a: 260) cita la observación hecha por uno de sus informantes, ya de regreso en la República Dominicana, que había trabajado como maestro en una escuela de una comunidad de Nueva York con gran presencia dominicana:



> Yo conozco muchachos, que han nacido allá en los Estados Unidos, que nunca conocían la República Dominicana y hablaban con una <i> más fuerte que cualquier gente de un campo de aquí. Ese caso lo vi yo en un muchacho que nació en Lawrence, Massachusetts. Y tú lo oías hablando y tú creías que estabas hablando con un muchacho de cualquier campo de Salcedo, porque los papás eso era lo que hablaban. Y ellos estudiando español en la escuela y estudiando inglés, y hablaban común y corriente como cualquier cibaeño, cibaeños de los que hablan malo.

Los procesos de igualación de las consonantes /r/ y /l/ en posición final de sílaba y de palabra son frecuentes particularmente en el habla de las personas del nivel social bajo, sobre todo cuando se expresan en estilo espontáneo[7].

Este último cambio, llamado *vocalización*, es, sin duda, el rasgo fonético más típico y peculiar del español de la República Dominicana —transplantado por supuesto a la comunidad dominicana de los Estados Unidos— ya que no se produce, al menos con la misma vitalidad, en ningún otro país del mundo hispánico.

No hay que dejarse engañar, sin embargo, por la falsa impresión de que en cada región existe una gran uniformidad lingüística, y pensar, por ejemplo, que en el Cibao todos dicen *pueita* en lugar de *puerta*, y en el suroeste, *úrtimo* por *último*. En primer lugar, es necesario recordar que no hablan igual todos los integrantes de la sociedad. El modo de hablar de los miembros de un grupo sociocultural suele ser diferente del de los otros grupos. Por otra parte, las soluciones citadas no son las únicas empleadas por un mismo hablante. Todas alternan con otras, porque las lenguas son esencialmente variables. Un resultado muy frecuente es la eliminación de la consonante (*poque*, *jugá*), que alcanza incluso a la /r/ inicial de sílaba de la preposición *para*, reducida a *pa*. También se produce el mantenimiento de la /r/ y de la /l/ con mayor o menor frecuencia. Pero ninguna de las variantes de /r/ y de /l/ presentadas en la enumeración anterior pertenece al nivel culto y formal del español hablado en el país.

La /s/ final de sílaba y de palabra

Sin duda, una de las características más notables de la pronunciación dominicana de los inmigrantes es la elevada frecuencia con que se elimina la /s/ final de sílaba y de palabra, igual que sus compatriotas insulares, lo que genera formas como *ete*, por *este*, o *do*, en vez de *dos*. Esta relajación tiene su origen en una disminución de la energía articulatoria, reflejada en un descenso de la intensidad, que caracteriza la pronunciación de todo sonido colocado al final de la sílaba. Obsérvese que la pérdida no ocurre si la /s/ está al inicio de sílaba, como en *silla* o en *peso*. Son frecuentes casos como *dede* por *desde* y *lune* en vez de *lunes*, pero resultaría extraño escuchar *opa* por *sopa* o *beo* por *beso*.

Aunque puede haber casos excepcionales, como en cualquier otro campo, es válido afirmar que todos los dominicanos eliminan la /s/ en determinadas circunstancias. Pero, como es lógico, existen diferencias en cuanto a la proporción en que lo hacen unos y otros. En este sentido, tiene una gran importancia el elemento sociocultural, en especial, el nivel de educación de la persona.

gráfica 3 **Variantes de /s/ final de sílaba en conversaciones libres del grupo social (%)**

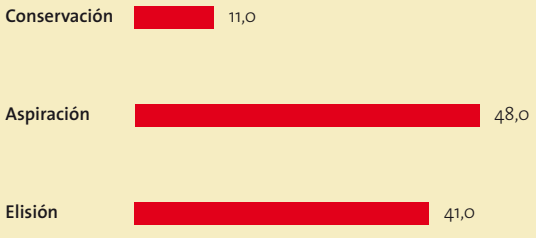


Fuente: Elaboración propia.

El proceso de reducción llega a ser casi sistemático en el nivel social bajo, que suprime 9 de cada 10 /s/ finales, como indica la gráfica 3. Este hecho sugiere la idea de que la supresión tan repetida de esta consonante es un fenómeno rechazado socialmente. Así lo indica también el descenso de la pérdida de la /s/ cuando se pasa del estilo espontáneo a otro más formal, o cuando habla una persona de nivel social alto.

Según señala la gráfica 4, los hablantes con educación superior también eliminan la /s/, pero lo hacen mucho menos: en 4 de cada 10 ocasiones. En lo que respecta a la realización aspirada de la /s/, resulta claro que se trata de una variante de prestigio, apreciada por la sociedad. Esta pronunciación, que consiste en una especie de soplo de aire que al salir roza el fondo de la boca, es similar a una jota: *lojamígo*, en vez de *los amigos*; *laíjla*, por *la isla*, *medálomíjmo*, en lugar de *me da lo mismo*. Es la variante mayoritaria en el habla del grupo social alto, como ilustra la gráfica 4. Representa aproximadamente la mitad del total de /s/ colocadas al final de sílaba en el interior de la palabra. El dato autoriza a pensar que esta forma de pronunciación de la /s/ constituye una variante aceptada y reconocida como propia del habla culta dominicana.

gráfica 4 **Variantes de /s/ final de sílaba en conversaciones libres del grupo social alto (%)**



Fuente: Elaboración propia.

Tanto en la República Dominicana como entre los dominicanos inmigrantes, la conservación de la /s/ en forma plena tiene prestigio, pero su frecuencia en el habla natural debe mantenerse dentro de ciertas proporciones. Rebasar esos límites, pronunciando toda /s/ situada en posición implosiva, puede resultar cursi, rebuscado, aun dentro de la norma culta del país. Podría decirse que el español estándar dominicano no juzga natural ni apropiada la retención sistemática de la /s/, porque se le concede un espacio importante a la aspiración, como se vio antes, y otro menor a la supresión. La conservación constante

de este segmento en todos los contextos suele considerarse afectada y puede percibirse como pretenciosa. En una encuesta realizada hace poco entre estudiantes universitarios, 3 de cada 4 expresaron que les sonaba 'raro y rebuscado' un compañero que al hablar pronunciara cada /s/ colocada al final de la sílaba.

Conviene precisar que, de acuerdo con los resultados del estudio de García et ál. (1988: 505), en el caso de los hablantes cultos dominicanos en los Estados Unidos, se observa una tendencia conservadora, que los lleva a una pronunciación menos radical, más apegada a los patrones del español estándar. El comportamiento conservador de estos hablantes cultos en el terreno fonético no va acompañado, sin embargo, en el ámbito léxico, de un abandono de las formas típicas de su dialecto. De hecho, continúan utilizando unidades regionales del Caribe, como *guagua* (autobús), e incluso distintivas de la República Dominicana, como *auyama* (calabaza) o *chichigua* (cometa). Estos datos indican claramente que al menos ciertos elementos léxicos regionales no tienen el valor sociolingüístico, discriminador del nivel social y educativo de los hablantes, que sí tiene la pronunciación. Una pronunciación muy radical, que elimina con elevada frecuencia la /s/ final de sílaba y la /d/ intervocálica, y que elide o transforma en una semivocal [i] las líquidas implosivas, es un claro indicador de falta de educación dentro de la comunidad dominicana.

Fenómenos morfológico-sintácticos

En el campo de la morfología y de la sintaxis existen también varios fenómenos que contribuyen a conformar la identidad de la modalidad dominicana:

Empleo constante del pronombre delante del verbo

En el español dominicano, y en su transplante a suelo norteamericano, se introduce de manera sistemática el pronombre sujeto ante el verbo en contextos en los que otras variedades hispánicas no lo hacen por ser un uso innecesario. Un rasgo continuamente resaltado del sistema español es que las marcas morfológicas verbales hacen redundante el empleo del pronombre sujeto. De manera que en una oración como 'Si me avisas con tiempo, puedo ayudarte con tu mudanza', resulta evidente por la distinta forma de su terminación que los verbos *avisas* y *puedo* tienen como sujeto los pronombres *tú* y *yo*, respectivamente. El uso de esos pronombres es opcional y tendría una función enfática. Sin embargo, en el español espontáneo de los dominicanos es muy común que, sin que haya intención enfática, dicha oración aparezca bajo la forma 'Si *tú* me avisas, *yo* puedo ayudarte con tu mudanza'.

La posibilidad de la oposición en gran medida ha desaparecido, y se escuchan con mucha frecuencia, sin ninguna intención enfática, oraciones del tipo siguiente:

> 'Cuando *tú* viene(s) a ver, se hace de noche', en lugar de 'Cuando vienes a ver, se hace de noche'.
>
> '*Yo* supe que *tú* te vas', en vez de 'Supe que te vas'.

Una de las razones de este uso, que es común en el habla de todos los sectores sociales, y aceptado por la norma culta del país, podría ser la búsqueda de un ajuste del sistema para compensar la desaparición de la /s/ final, que borra la marca de la segunda persona singular.

En realidad, podría decirse que la presencia del pronombre se ha convertido en una expresión sistemática y constante, especialmente en el caso de *tú*, de las nociones de persona y de número en el español de los dominicanos. La pérdida frecuente de la /s/ final en las formas verbales de segunda persona no provoca, por tanto, ningún peligro de confusión para el oyente, ya que la misma información es expresada por el pronombre: '*tú* canta', '*él* canta'. Se trata de un comportamiento similar al de otras lenguas, como el inglés.

Es conveniente precisar que la aparición del pronombre no resulta equivalente en las distintas personas del discurso. De acuerdo con los datos de un reciente trabajo llevado a cabo con datos de conversaciones libres de 35 dominicanos, la forma pronominal *tú* se encuentra presente delante del verbo en el 96% de las ocasiones. En cambio, de un total de 849 formas verbales terminadas en /s/ en las que la información de persona y de número no depende de la /s/ (en la primera del plural —*amamos*, *tenemos*, *fuimos*— y en las irregulares *es* y *eres*), el pronombre solamente acompaña al verbo en el 31% de los casos. Tal comportamiento permite sospechar que el abundante empleo de los pronombres en el español de los dominicanos está condicionado, al menos parcialmente, por factores funcionales. En otras palabras, su uso aumenta precisamente cuando se hace necesario como recurso compensatorio: en aquellos casos en los que la información está contenida en la /s/ que, al ser eliminada de la pronunciación, podría crear una confusión.

Muchos hablantes no son conscientes siquiera de que existe otra forma, que es precisamente la estándar en la mayor parte del mundo hispánico: *Si quieres, te llamo mañana*. Parece que no eligen entre dos alternativas, sino que la única opción que tienen disponible a la hora de hablar es la que incluye el pronombre.

Dentro de este esquema sintáctico se encuentran algunas frases muy usuales en la conversación espontánea y familiar, que funcionan como muletillas o como formas de enlace dentro de la cadena del discurso. Una de ellas la utilizan los interlocutores para iniciar sus intervenciones en una conversación: *Yo* quiero que *tú* sepas...; y la otra para finalizarlas o como forma de conexión entre una y otra parte del discurso: ¿*Tú* ve(s)?

En uno de sus trabajos, Toribio (2000a: 254) cita estos fragmentos producidos por algunos de los informantes de su investigación:

> '*Yo* no lo vi, *él* estaba en Massachusetts, acababa de llegar, pero muy probable para el domingo pasado, que fue Día de las Madres allá, *él* estaba en Nueva York... *Él* estaba donde Eugenia, y *yo* creo que *él* se va a quedar allá...'.
>
> '*Ellos* me dijeron que *yo* tenía anemia... Si *ellos* me dicen que *yo* estoy en peligro cuando *ellos* me entren la aguja por el ombligo, *yo* me voy a ver en una situación de estrés'.

Como señala la autora, este uso de los pronombres sujeto ha proliferado a través del sistema pronominal hasta tal punto que aparece incluso delante de formas verbales que fonológicamente permiten identificar la persona y el número, como es el caso de '*yo* no lo *vi*', '*yo creo*', 'Si *ellos* me *dicen* que *yo estoy*...'. En muchos de estos casos, la presencia del pronombre no añade ningún valor enfático, por lo que la explicación podría encontrarse en una presión paradigmática. Esta hipótesis, entiende Toribio, parece estar avalada por el uso del pronombre en casos de sujetos pronominales inanimados como los siguientes:

> 'Las guaguas no se paran aquí; *ellas* pasan de largo'.
> 'A la cisterna mía ya no le falta agua. *Ella* tiene agua'.

Pero sin duda una de las características sintácticas más llamativas y distintivas del dialecto dominicano es el uso del pronombre expletivo *ello*, sin valor referencial, sobre todo delante del verbo impersonal *haber*.

> '*Ello* no hay agua'.
> '*Ello* había mucha gente'.
> '*Ello* llegan guagua *hata* allá'.

El uso de este pronombre, que según Jiménez Sabater (1975: 164) se encuentra circunscrito al Cibao, la región norte dominicana, es propio de los estilos espontáneos, especialmente en el habla popular y campesina. No pertenece a la norma culta del país, como ocurre en el caso del uso redundante ya citado, que caracteriza el habla de todos, independientemente del nivel social al que pertenezcan (Si *tú* me avisas, *yo* puedo ayudarte).

Por otra parte, es un fenómeno que tiene un carácter restringido desde el punto de vista de su distribución geográfica, ya que no forma parte de la sintaxis del español del resto del Caribe ni de ninguno de los otros países del mundo hispanohablante.

El empleo sistemático de los pronombres antepuestos al verbo, incluyendo el *ello* antes de verbo impersonal en la zona norte dominicana, podría ser el resultado de una tendencia del español del Caribe, como ha sugerido Morales (1986a) en sus análisis sobre el español de Puerto Rico, a mantener de forma explícita en la superficie la estructura sujeto-verbo-objeto. El apego estricto a este orden llamado SVO llevaría a los hablantes del Caribe a introducir los pronombres en contextos en los que otros dialectos no los usan. Se observa este uso, pero muy debilitado, entre inmigrantes dominicanos de los Estados Unidos procedentes de esta zona.

Pronombres antepuestos a formas verbales no finitas

Otra estructura sintáctica muy común en el español de todos los niveles sociales dominicanos, ampliamente documentada también en el habla de la comunidad inmigrante en los Estados Unidos, es la anteposición de sujeto, generalmente pronominal, en construcciones verbales de infinitivo o de gerundio como las siguientes:

'Antes de *tú* entrar en ese salón, *tú* tienes que marcar el número de tu tarjeta'.
'Al *yo* pasar por la puerta, se me manchó la camisa'.

En el estudio previamente citado de Toribio (2000a: 257) se citan, entre otros, los ejemplos siguientes:

'Mira muchachito, ven acá, para *nosotros* verte'.
'En *tú* estando con ella, nada te pasa'.

Por su parte, Bailey (2002: 55) recoge de uno de sus sujetos la oración siguiente:

'Quítate la gorra para *yo* ver la greña tuya'.

Dentro de la norma académica del español general, cuando se desea o se requiere expresar el sujeto de la forma verbal no finita, existe una clara preferencia por la posposición, como se observa en estos ejemplos:

'Al llegar *ella,* comenzó la reunión'.
'Por no tener *yo* corbata, me impidieron entrar al salón'.

No inversión del orden sujeto-verbo en la interrogación

En las interrogaciones, el sujeto suele anteponerse al verbo y no posponerse, como prefiere la norma general del español. De este modo, en lugar de las oraciones interrogativas típicas del español, según el modelo de *¿Cuándo llegó Ana*? o *¿Qué quieres (tú)*?, en el español dominicano es normal escuchar:

'¿Cuándo *Ana* llegó?'.
'¿Qué *tú* quieres?'.

Y, como es lógico suponer, esta fórmula, que se ha convertido en el saludo informal preferido de los dominicanos, se manifiesta de la manera siguiente en el habla espontánea: '¿Cómo *tú* tá?'.

Este orden de palabras, que también se encuentra extendido en el español de los demás países del Caribe, no ofrece mayores variaciones sociolingüísticas y caracteriza por igual el habla de los diferentes grupos sociales dominicanos. Se trata de una manifestación más del orden relativamente fijo de las palabras al que tiende la sintaxis dominicana, como indica Toribio (2000a: 255). Estas estructuras aparecen atestiguadas también por Bailey (2002: 54-55) en el habla de los estudiantes dominicanos de Providence.

Doble negación

Una construcción sintáctica que tiene un gran valor identificador del español de los dominicanos, ya que no se ha documentado en ningún otro país de habla hispánica, es el enunciado que contiene un marcador negativo antepuesto y otro pospuesto al verbo, como se puede apreciar en las siguientes oraciones:

'Yo *no* sé decirle *no*'.
'Por aquí casi *nunca* lo usan así *no*'.
'Nosotro(s) *no* queremo(s) *no*'.

A este fenómeno, típico fundamentalmente del estilo conversacional de los estratos sociales bajos, hace una breve referencia Jiménez Sabater (1975). Comenta el autor que este esquema sintáctico puede ser útil para distinguir una oración afirmativa como *Nosotros nos vamos*, que en el habla popular se pronuncia *Nosotro no vamo*, de la construcción negativa dominicana *Nosotro no vamo no*. Considera que la primera se sigue percibiendo como afirmativa porque se opone a la segunda con la doble negación.

Habría que precisar señalando un detalle que se le escapa al autor: la doble negación refuerza una distinción que nunca se ha perdido, porque la naturaleza inacentuada del *no* procedente del pronombre *nos* en la oración afirmativa (*Nosotro no vamo*), lo hace inconfundible con el adverbio negativo 'no', que es palabra acentuada (Nosotro *nó* vamo *nó*).

Más recientemente, Schwegler (1996) ha realizado un estudio minucioso de estas estructuras. Algunos de los aspectos más importantes destacados por el lingüista son los siguientes:

1. El uso de la construcción con doble negación no enfática es común en los sectores sociales bajos y está marcadamente estigmatizado en el país.

2. La negación postverbal dominicana se integra dentro del enunciado, formando una sola unidad de entonación, es decir, no se trata de la partícula negativa del español general que se repite fuera del resto de la oración, con carácter enfático (*No me gustó, no*).

3. La doble negación se emplea para contradecir o refutar informaciones o presuposiciones contenidas en el discurso anterior. Así, ante la afirmación, hecha por el investigador, '¡Ahora sí vamos a comer aguacates!', un informante dominicano le responde: 'Aquí no hay aguacates no. No es la temporada'. Es posible notar que ante la suposición del investigador de que en ese lugar *había aguacates*, el hablante siente la necesidad de corregir esa falsa implicación y lo hace con la doble negación. Con ella comunica que *no hay aguacates* y, además, que *la presuposición del interlocutor de que aquí hay aguacates es falsa*. Pero, en la frase siguiente, 'No es la temporada', el hablante utiliza la negación simple, preverbal, porque en este caso su intención no es la de rechazar o reformar una falsa presuposición, sino la de informar, simplemente, que *ahora no es la temporada de los aguacates*.

4. Aunque el uso del fenómeno es una característica de los hablantes de los grupos sociales inferiores, esto no significa que ellos no recurran también al uso de la negación simple y que esta sea de uso exclusivo de los hablantes cultos. Los hablantes de sociolectos bajos que utilizan estas estructuras tienen a su disposición dos construcciones negativas, la simple y la doble, que utilizan de acuerdo con una serie de factores pragmáticos, como la presencia o ausencia de presuposiciones en el discurso previo.

5. La doble negación dominicana puede atribuirse a la influencia africana. Hay indicios de que el origen de estas estructuras está vinculado con un primitivo código afroportugués.

Se trata de una construcción sintáctica muy extendida en el habla popular espontánea. Y como sucede con otros fenómenos estigmatizados, los hablantes la utilizan de forma natural, sin tener conciencia a veces de que lo están haciendo.



Resulta muy interesante la aparición del fenómeno en medio de la alternancia de códigos que practican los inmigrantes dominicanos. En el estudio de Bailey se documenta el siguiente caso:

'Yo *no* quiero quedar after school *no*'.

El ejemplo anterior parece indicar que la estructura con doble negación está profundamente arraigada en la competencia lingüística de los dominicanos.

Fenómenos léxicos

Como es natural, se producen en el español de los inmigrantes dominicanos ciertas importaciones, mayormente léxicas, desde la lengua mayoritaria. En este proceso se incluyen préstamos léxicos ya asimilados por la lengua y de uso generalizado, como *lunch*, *show* o *ticket*; préstamos de entrada más reciente, menos difundidos y aún no asimilados a la estructura española, como *full-time* [fultaim] o *ride* [raid]; calcos en los que no se transfiere una forma léxica en sí, sino el sentido de un elemento del inglés a una palabra del español similar fonológicamente a la inglesa, como es el caso de *aplicación*, en lugar de *solicitud*; *parientes*, para referirse a los *padres*.

Los préstamos se integran de manera especial en ciertas áreas semánticas que se muestran más permeables que otras a la influencia del inglés. Por ejemplo, en el campo de la ropa o el vestido, son de uso común términos como *brasier*, *jeans*, *panties*, *poloché* (de *polo shirt*); en el terreno de la alimentación, *catchup*, *fruit punch*, *pancake*, *sandwich*; en la casa, *clóset*, *freezer, suiche*; en el mundo de la tecnología, *chatear, email, escanear*, *fax*; en los medios de transporte, *bómper, cloche*, *yipeta* (vehículo todo terreno, SUV); y en los deportes, el béisbol ha motivado la entrada de una enorme cantidad de palabras, entre las que sobresalen *bate*, *batear*, *bound*, *foul*, *hit*, *home run*, *out*, *pitcher*, *safe*.

En otras ocasiones, la influencia se manifiesta más allá de la palabra aislada, en construcciones sintácticas que Otheguy y García (1998) denominan calcos fraseológicos (*phrasal calques*) y Silva Corvalán (1994) llama calcos léxico-sintácticos, del tipo *llamar para atrás* ('to call back'). Este tipo de fenómeno es documentado por Bailey (2002: 68-69) en el español de los jóvenes dominicanos de Providence. Uno de sus ejemplos aparece en el siguiente diálogo:

Ana:	Mira, ¿qué hora tú tienes?
Isabella:	¿Eh?
Ana:	¿Qué hora tú tienes?
Isabella:	I´ll have to check my beeper.

En lugar de utilizar la versión tradicional o normal en español para esta pregunta ('¿Qué hora es?'), la estudiante elige la estructura '¿Qué hora tú tienes?', que según el autor constituye una copia o una formulación basada en el modelo de la expresión inglesa '¿What time do you have?'.

En otro intercambio, la misma joven se expresa así:

Ana:	Isabella, *¿cómo tú haces* outline, I mean, to underline stuff?
Isabella:	Control 'u'.

La pregunta '¿cómo tú haces...?' parece haber sido construida siguiendo el modelo de la estructura inglesa 'How do you do...?'. Esta versión ha prevalecido sobre la más típica del español en este contexto, la impersonal con 'se': '¿Cómo se hace...?'.

Dentro del campo estrictamente léxico, resulta interesante el desplazamiento que en la comunidad dominicana de los Estados Unidos ha sufrido el término *colmado* (o *pulpería* en ambientes rurales), usado en la República Dominicana para designar una tienda de co-

mestibles. Su lugar ha sido ocupado por la forma *bodega*, probablemente a causa de la influencia cubana y puertorriqueña.

A continuación se ofrece una lista de varios elementos léxicos muy frecuentes en el habla popular de los dominicanos, tanto de los que permanecen en su país, como de los residentes en el exterior:

aguajero: fanfarrón, que habla mucho y hace poco.
allantoso: que trata de impresionar a los demás.
barajar: perder el tiempo, no concentrarse en el trabajo.
bola: autoestop, forma de transporte gratuito.
bonche: diversión, fiesta.
bufear: burlarse de alguien, engañarlo; *bufeo.*
calimete: paja para sorber líquidos.
can: diversión, fiesta; *canear*, *canero.*
comparón: engreído, pretencioso, orgulloso; *comparancia.*
concón: arroz que se pega al fondo de la olla o la paila.
concho: carro de transporte público urbano; también es eufemismo de *coño.*
cuarto: dinero; *cuartal.*
cuquear: incitar, provocar.
chele: centavo; *chelear*, *chelero.*
chepa: casualidad; *chepazo*, *cheposo.*
chercha: fiesta, can, bonche; *cherchar.*
chichigua: cometa, papalote.
chin: poquito.
chiripero: persona que hace trabajos ocasionales; *chiripa*, *chiripear.*
chiva: mujer fácil y muy coqueta; *chivear.*
chivatear: delatar; *chivateo*, *chivato.*
chivo: escrito que lleva un estudiante para copiarlo disimuladamente en el examen; parte de algo que por descuido o inexperiencia se deja sin pintar, limpiar, cortar, etc.
chivo: como adjetivo, se emplea en el sentido de receloso, desconfiado.
chopa: despectivamente, mujer de vida alegre y a veces también, sirvienta; *chopero.*
figurear: mostrarse pretenciosamente en público para atraer la atención; *figureo*, *figurero.*
fracatán: gran cantidad de personas o de cosas.
frisa: manta usada para abrigarse en la cama.
funda: bolsa, recipiente flexible de papel, de plástico, de tela; *enfundar.*
fuñir: molestar; *fuñenda*, *fuñón.*
guapo: valiente; *guapear.*
macuteo: exigencia de dinero, por parte de una autoridad policial o administrativa, a cambio de la exención de algún trámite o responsabilidad; *macutear.*
mangú: comida consistente en plátano verde cocido y amasado.
marchanta: vendedora ambulante de verduras.
matatán: persona muy habilidosa para algo, a quien se considera experta en un oficio.
motoconcho: motocicleta utilizada para el transporte individual de pasajeros; *motoconchista.*
pariguayo: persona muy tímida o tonta, de escasas habilidades; *pariguayar.*
pique: coraje, enojo.
quipe: comida de origen árabe, especie de croqueta de trigo rellena de carne; *quipero.*

rebú:	desorden, reyerta; *rebusero.*
san:	juego en el que los participantes aportan periódicamente una suma de dinero, y el total corresponde a cada uno, por turno, según el número que se le haya asignado.
tajalán:	muchacho muy crecido.
tollo:	desorden, mezcolanza; cosa mal hecha; *tolloso.*
tostón:	rodaja frita de plátano verde; también se llama *frito verde*, o simplemente *frito.*
yeyo:	mareo, desmayo.
yipeta:	vehículo deportivo, todoterreno.
yunyún:	hielo raspado, mezclado con un refresco; un sinónimo es *friofrío*; *yunyunero.*

Muchas de las palabras anteriores son propias del habla popular o del estilo informal de otros grupos socioculturales: *aguajero*, *allantoso*, *bola*, *bonche*, *bufear*, *can*, *carpeta*, *comparón*, *cuarto*, *cuquear*, *chele*, *chepa*, *chercha*, *chin*, *chiripero*, *chiva*, *chivatear*, *chivo*, *chopa*, *figurear*, *fracatán*, *fuñir*, *guapo*, *macuteo*, *matatán*, *pariguayo*, *pique*, *rebú*, *tajalán*, *tollo*, *yeyo*. Las otras son neutras en cuanto al estilo y pueden ser utilizadas en distintas situaciones: *calimete*, *concón*, *concho*, *chichigua*, *frisa*, *funda*, *mangú*, *marchanta*, *motoconcho*, *quipe*, *san*, *tostón*, *yipeta*, *yunyún*.

Finalmente, es muy característico del habla informal dominicana el uso frecuente del término *vaina*, sobre todo en expresiones con valor exclamativo de disgusto o desaprobación: '¡Qué vaina! ¡Mira esa vaina! ¡Déjate de vaina! Pásame esa vaina'.

Alternancia de códigos

Como es lógico suponer, el habla de la comunidad dominicana en los Estados Unidos manifiesta como uno de sus rasgos el fenómeno de la alternancia de códigos. Pero se trata de un problema al que muy pocos le han dedicado atención.

Bailey (2000a: 176 y sigs.), en el primero de sus estudios, indica que la mayoría de los análisis sobre alternancia de códigos atribuyen los cambios a estrategias conversacionales, que son consideradas como si existieran independientemente y con anterioridad a las interacciones entre el hablante y el oyente. Argumenta que si bien estas categorías permiten explicar muchas funciones comunes de la alternancia de códigos, son incapaces de captar las funciones que emergen de la interacción. Considera que muchos cambios que surgen en la interacción de los miembros del grupo se explican mejor desde una perspectiva analítica conversacional, considerando el intercambio de códigos como un fenómeno interactivo.

Para lograr su objetivo, el investigador realiza la grabación en video de la interacción natural de un grupo de estudiantes dominicanos de una escuela secundaria de Rhode Island, cuya población hispana representa el 60% de su matrícula y, dentro de ella, los dominicanos constituyen el grupo más numeroso. La muestra está constituida por seis estudiantes domínico-americanos, con edades comprendidas entre los 16 y los 18 años, que fueron observados y entrevistados repetidas veces a través de un año escolar, y grabados en video durante un día completo en un contexto no escolar.

El nuevo enfoque interactivo en el análisis de la alternancia de códigos no se limita al estudio de las emisiones orales grabadas para ser reproducidas de forma auditiva. Se parte de la premisa de que los turnos que agotan los interlocutores, e incluso ciertas cláusulas, solamente se ponen en evidencia cuando se toman en cuenta y se documentan las miradas, los movimientos de cabeza o la orientación corporal de los participantes. Este tipo de

análisis ha sido liderado por Auer (1984, 1988, 1995, 1998) desde la década de los años ochenta. Bailey (2000a) señala, sin embargo, que a pesar del desarrollo y de la difusión de este enfoque, muchos análisis continúan presentando los cambios de código fuera de su contexto secuencial e interactivo. Pone como ejemplo un estudio de Zentella (1997b), en el que se describen con estrategias contextuales 21 categorías de intercambios de códigos entre puertorriqueños de Nueva York. Pero, aunque muchos de sus ejemplos de intercambio de códigos evidencian la naturaleza interactiva, muchas veces no verbal, de los cambios, esta no se toma en cuenta como base de sus categorizaciones.

Categoría: Demandas enojadas *(Aggravating requests)*
'Ella tiene... Shut up. Lemme tell you'.

Categoría: Atracción de atención *(Attention attraction)*
'Éste se está llenando, lookit, Ana' (Zentella, 1997b: 95).

En ambos casos, las alternancias de código que realiza el hablante ocurren en simultaneidad con una referencia explícita a un comportamiento del interlocutor: el fallo en escuchar apropiadamente, en el primer caso, y en dirigir una mirada, en el segundo. Estos cambios no son activados por unas estrategias preexistentes, sino por una conducta que se exhibe en ese preciso momento y lugar.

Además, el análisis lingüístico formal conduce a enfatizar la oración como unidad de análisis, aun cuando los datos pueden ser explicados mejor mediante otras unidades. Al estudiar la gramática del intercambio de códigos, Zentella considera el enunciado siguiente, por ejemplo, como una oración con un cambio de códigos en la frase adverbial:

'Ráscame allí, allí mismo, a little bit down' (Zentella, 1997b: 118).

Sin embargo, puntualiza Bailey (2000a), cuando el hablante dice *allí mismo* y luego produce el intercambio, *a little bit down*, lo hace en respuesta al comportamiento de su interlocutor, que lo está rascando. Entiende que, desde una perspectiva interactiva, la secuencia anterior contiene por lo menos cinco turnos de interacción, dos de los cuales corresponden a un participante que permanece invisible en la explicación de tipo oracional:

1. Demanda: 'Ráscame allí'.
2. Aceptación y ejecución: el interlocutor rasca al hablante en un lugar, demostrando que ha entendido el allí.
3. El hablante confirma como correcta la comprensión del allí de su interlocutor, y por eso dice: 'Allí mismo'.
4. El interlocutor cambia el lugar donde está rascando.
5. El hablante precisa o corrige el lugar donde quiere ser rascado: 'a little bit down'.

El análisis lingüístico que gira en torno a la unidad oracional lleva a una categorización de este intercambio basada en constituyentes sintácticos, como si estos tres enunciados fueran producidos por el hablante en medio de un vacío social. Si bien es cierto que las tres expresiones (*Ráscame allí – allí mismo – a little bit down*) pueden ser yuxtapuestas y presentadas como una oración, por cierto difícil, resultan mejor explicadas como turnos o como unidades de turno en un contexto interactivo, secuencial y manejado localmente.

Un aspecto importante destacado por Bailey es la ambigüedad y la simultaneidad de las funciones, o mejor, la multifuncionalidad del cambio de códigos que se revela en el habla de los domínico-americanos. En el diálogo siguiente se encuentra un ejemplo que puede ser visto como situacional, como contextualizador no marcado del discurso y como metafórico al mismo tiempo.

'Tres estudiantes se encuentran sentados en el salón de clases. Claudia es guatemalteca; Wilson es un inmigrante dominicano con muchos años en los Estados Unidos; y Eduardo es dominicano recién llegado. Eduardo acusa a Wilson, en broma, de ser haitiano, lo cual

es un insulto festivo bastante frecuente en la República Dominicana dirigido a las personas de color negro. Eduardo sabe que Wilson no es haitiano. Claudia parece no estar segura de la identidad de Wilson a raíz de la acusación de Eduardo y de la aceptación inicial, en broma, por parte de Wilson, de esa acusación'.

Wilson: (Cantando) Dame del pollito.
Eduardo: ¿Tú no dique eres de Haití? Tú no eres dominicano, Wilson.
Wilson: Yo nací en Haití. (Wilson se vuelve hacia Eduardo sonriendo).
Eduardo: (Movimientos hacia la cámara, Wilson mira la cámara).
Wilson: Pero me crié en Santo Domingo.

(Eduardo junta las manos, haciendo la señal del cornudo con los dedos medio y anular hacia abajo, detrás de la cabeza de Wilson; Wilson gira hacia Eduardo y lo golpea en la pierna con la palma de la mano).

Claudia: So, you´re Haitian, huh?
Wilson: No, I´m Dominican.
Claudia: You were born in DR? (Dominican Republic)
Wilson: Yeah.
Eduardo: Nació en Haití.
Wilson: En Santo Domingo.
Eduardo: Es haitiano.
Wilson: Es mentira. Ven acá, ¿a quién tú le vas... a quién tú le vas a creer, a mí o a estos dos locos? (Girando la cabeza primero hacia un lado y luego hacia el otro, para señalar a Eduardo y a otro colega situado del lado opuesto).

El intercambio de códigos que hace Wilson al decir 'En Santo Domingo' puede entenderse que cumple funciones sociales y pragmáticas múltiples. En primer lugar, funciona como un cambio situacional. Eduardo, un inmigrante recién llegado, tiene escaso dominio del inglés y, por esa razón, él y Wilson se hablan solamente en español. Wilson le habla en inglés a Claudia, que también lleva mucho tiempo de residencia en los Estados Unidos, pero cuando Eduardo se reintegra a la conversación en español, Wilson cambia y utiliza el español, una lengua que entienden tanto Claudia como Eduardo.

Por otra parte, el cambio también puede interpretarse como un contextualizador no marcado del discurso, que aclara la conexión entre el turno de Wilson y el turno previo de Eduardo. Al emplear el mismo código utilizado por Eduardo, Wilson manifiesta que está respondiendo la imputación planteada por Eduardo, y lo corrige conectando su respuesta a la afirmación de Eduardo no solamente por medio de una estructura sintáctica paralela (*en*...), sino a través del uso del mismo código.

En tercer lugar, el cambio de código de Wilson también tiene un significado metafórico relacionado con su identidad social. Wilson es de ascendencia negra, africana, y en la República Dominicana mucha gente, en especial los jóvenes, tildan jocosamente a las personas de color de ser haitianos, lo cual es una calificación despreciable para la mayoría de los dominicanos. En este sentido, cuando Wilson cambia de inglés a español, primero diciendo 'en Santo Domingo', para refutar a Eduardo, y luego en su turno dirigido a Claudia, reafirma y demuestra su fluidez en español ('Es mentira. Ven acá, ¿a quién tú le vas... a quién tú le vas a creer, a mí o a estos dos locos?'). Y esta fluidez, lógicamente, actúa como una señal inequívoca de su identidad dominicana, y como refutación contundente del falso alegato de que es haitiano, expresado festivamente por su compañero.

En la comunidad dominicana de los Estados Unidos se conocen con frecuencia también casos similares en el ambiente familiar, cuando el hijo conversa en español con su madre, que es monolingüe en español, pero cambia a inglés para responder a un hermano, que interviene en la conversación. Una circunstancia distinta se presenta cuando los padres,

que a menudo tienen competencia pasiva pero no activa en inglés, se dirigen a los hijos en español, pero estos responden en inglés, porque entienden, pero no son capaces o no se sienten cómodos hablando español, justamente a la inversa de como ocurre con sus padres. Esta situación es más frecuente sobre todo con los jóvenes de segunda generación, es decir, con los nacidos en los Estados Unidos.

Creencias y actitudes hacia el español dominicano

Cuando se habla del español de los dominicanos dentro del fascinante campo de las creencias y de las actitudes lingüísticas, no cabe duda de que el tema al que más se hace referencia es el relativo a la inseguridad lingüística que muestran explícitamente. Casi todos los investigadores que abordan el problema insisten en que los dominicanos tienen una autoestima lingüística muy baja, que menosprecian su propio modo de hablar. La única excepción en este sentido la constituye Bailey (2002: 58) cuando afirma que sus informantes, seis estudiantes dominicanos de Providence, no consideran menos apropiada su variedad de español que las otras variedades, contrariamente a lo que encuentran Zentella (1997b) y Toribio (2000b) para los dominicanos de Nueva York.

Las investigaciones llevadas a cabo en el país sobre el tema en cuestión confirman el hecho de que los dominicanos revelan una actitud de pesimismo al enfrentarse con la realidad de los graves problemas económicos, políticos y sociales que han sufrido generación tras generación. Durante décadas, el devenir de diversos acontecimientos históricos y políticos del país parece haber creado en la mente de muchos ciudadanos un sentimiento de frustración que los lleva a pensar que los problemas nacionales no tienen solución, que 'esto no hay quien lo arregle'. A veces se llega, incluso, a una especie de fatalismo religioso[8].

En un reciente noticiario de televisión en el que se ofrecían las opiniones de varios choferes del transporte público urbano (*concho*) en Santo Domingo con relación al aumento del precio de la gasolina y del costo de la vida en el país, uno de ellos expresó lo siguiente:

> 'Yo le voy a decir algo. Fíjese. Eto e cuetión de profecía, cumpliéndose. Eso e parte de la Biblia. O sea, que nadie va a resolver eto. Ningún presidente'.

Otro comentaba:

> 'Yo voté por el presidente creyendo su promesa de que iba a bajar la comida y la gasolina. Pero todo son iguale: cuando llegan arriba, se olvidan de lo pobre'[9].

En estas circunstancias, luce comprensible tanto el deseo de una gran cantidad de dominicanos de emigrar a otros países, especialmente a los Estados Unidos, como la creencia generalizada de que lo extranjero es superior a lo nativo[10]. No resulta inverosímil suponer que este estado de cosas haya ocasionado algún efecto en la percepción que tiene la población sobre la modalidad de español que habla.

Hace varios años, González Tirado (1987: 31-47) planteó la idea de que muchos dominicanos tienen un tipo de complejo de inferioridad lingüística que los mueve a preferir las formas no hispánicas por considerarlas más distinguidas y prestigiosas que las castizas[11]. De esta manera, el autor trata de encontrar la explicación por la que en el país se acogen con tanta facilidad los préstamos de procedencia inglesa, no solamente en el habla corriente y ordinaria, sino especialmente en las narraciones deportivas, en la prensa escrita, donde aparecen expresiones como *money player* ('jugador de dinero'), *implementar un acuerdo*, *paquete de medidas*, *teacher*. Ese complejo se nutre, según él, de la falsa creencia de que una lengua (el inglés) es superior a otra (el español).

Pero este sentimiento de inferioridad de los dominicanos se manifiesta también con relación a otras variedades del español, es decir, con respecto al español hablado en otras par-

tes. Es bien sabido que muchos dominicanos muestran una actitud negativa hacia su propia manera de hablar y la consideran inferior, menos correcta, que la de otros países hispánicos. Entre estos países donde 'se habla mejor', se suele citar como ejemplo a España, Colombia y Costa Rica.

La situación anteriormente descrita ilustra con claridad el fenómeno de la inseguridad lingüística, que ocurre cuando el hablante cree que su modo de hablar no es correcto y, como consecuencia, existe un desacuerdo entre las formas que él considera adecuadas y las que en efecto utiliza en su habla espontánea[12].

Parecería lógico pensar que los dominicanos que tienen inseguridad lingüística, es decir, los que creen que su modo de hablar es inferior al de otros, traten de abandonar las formas propias, que juzgan incorrectas, para reemplazarlas por las ajenas, que evalúan como superiores. Sin embargo, no es eso lo que generalmente sucede. Las personas que consideran su modo de hablar inadecuado o poco elegante siguen hablando igual y raras veces lo sustituyen por otro. ¿Cómo se explica esta aparente contradicción?

La respuesta a este dilema se encuentra en el hecho de que la conducta verbal constituye un acto mediante el cual los hablantes afirman su identidad, no solo desde el punto de vista individual, sino también como miembros de un grupo social, como residentes en una región y como ciudadanos de una nación[13]. Este valor social del habla, como indicador de identidad y lazo de unión entre los miembros de un grupo, fomenta en los hablantes el desarrollo de un sentimiento de lealtad lingüística que los ata al modo de hablar de su comunidad. Como resultado de ello, se produce un choque entre dos posiciones encontradas: la inseguridad y la lealtad. La fuerza negativa de la inseguridad queda así neutralizada por el poder positivo de la lealtad y esta antítesis genera un equilibrio dinámico que permite la actuación y el desenvolvimiento natural de los hablantes como usuarios competentes de su dialecto. En definitiva, parece confirmarse aquí el sentido de la sentencia de José Martí ('Nuestro vino es agrio, pero es nuestro vino'). El valor de la identidad social y de la lealtad al grupo (la idea de lo propio, lo *nuestro*) pesa tanto o más que la admisión de debilidad o el reconocimiento de la miseria (la conciencia de lo *agrio*).

La pertenencia a un grupo impone un compromiso que por lo general no se puede ignorar fácil e impunemente. Podría decirse que la relación armoniosa con los demás miembros de la comunidad exige una naturalidad, una espontaneidad y una llaneza que son innegociables. Por eso la lealtad lingüística constituye un factor que favorece fuertemente el mantenimiento de los dialectos y de las hablas populares por más desprestigiados que estén. Abandonar la propia forma de hablar para adoptar una ajena implica incurrir en un desacato que la comunidad no suele tolerar: la deslealtad lingüística. Casi siempre, esa sustitución es considerada por los demás como un acto de arrogancia y de traición al grupo, a la región, al país. Consecuentemente, la condena social no se hace esperar y la persona afectada recibe como sanción las burlas y el rechazo de familiares, amigos, vecinos, compañeros de trabajo y de la comunidad en general.

Por otra parte, en el caso de que alguien intentara imitar el modo de hablar de otro lugar, nada garantiza que su esfuerzo sería exitoso. No basta con la voluntad de *querer* hacer algo: hace falta tener la capacidad y el entrenamiento necesarios para *poder* hacerlo. La adquisición de un nuevo dialecto puede ser una tarea menos difícil que el aprendizaje de una segunda lengua, pero no deja de ser un asunto complejo que envuelve el dominio de un sistema completo, con distintas formas de pronunciación y curvas de entonación, otras estructuras sintácticas y diversas unidades léxicas. Supuesta la capacidad, el manejo adecuado de todo esto requiere una enorme inversión en esfuerzo y en tiempo. Desde esta perspectiva, se entiende con mucha claridad que no es tan fácil dar el paso y decidirse a sustituir su manera de hablar por la de otros. Sencillamente, el riesgo de hacer el ridículo es demasiado alto. Cuando algunos hablantes dominicanos se empeñan, por

ejemplo, en pronunciar la *zeta*, pero siguen utilizando su entonación habitual y diciendo *papa* (no *patata*), *carro* (no *coche*), *Lo conozco desde niño* (no *Le conozco desde niño*), *Ustedes hablan bien* (no *Vosotros habláis bien*), su intento resulta no solo risible, sino también incoherente e incompleto.

Las ideas precedentes han recibido corroboración en diversas ocasiones. En un estudio sobre el español de los dominicanos en Nueva York, Toribio destaca que los dominicanos que residen en esa ciudad norteamericana mantienen firmemente su dialecto a pesar del estigma que pesa sobre él, menospreciado incluso por ellos mismos. Muestran un alto grado de lealtad lingüística, porque el modo de hablar constituye el medio más importante con que cuentan para expresar su dominicanidad. Es cierto que su español no tiene prestigio abierto en el contexto general de la sociedad, pero sí disfruta de prestigio encubierto, porque actúa como un claro indicador de pertenencia a un grupo y como símbolo de su identidad nacional, ligada con el pasado hispánico y opuesta a la de sus vecinos haitianos de origen africano. Uno de los comentarios citados por la autora corresponde a una joven informante que expresa lo siguiente:

> 'La cultura dominicana incluye mucho el idioma. Yo diría que ser dominicano y hablar español es importante, por no decir original. El dominicano que no hable español [dominicano] puede sentirse igual de orgulloso, pero le falta algo'.

Por su parte, Alvar (1986: 152-171) estudió las actitudes de un grupo de dominicanos que debían evaluar unas grabaciones en las que aparecían dos voces representando la modalidad lingüística norteña española y dos, la variedad dominicana. Una de las conclusiones del análisis es que la mayoría de los informantes preferían el español peninsular por considerarlo mejor, más correcto. Sin embargo, no faltaron quienes expresaron su preferencia por la variedad dominicana aduciendo que les parecía más fácil de entender y, sobre todo, porque era dominicana, es decir, por su valor de símbolo de la nacionalidad. Según los resultados del estudio de Alvar, se confirma que aunque muchos dominicanos de todos los niveles socioculturales piensan que el español hablado en su país es peor que el empleado en otros lugares, específicamente en España, entienden que su utilización constituye un valor que merece ser conservado como forma de expresión de lo propio, en oposición a lo ajeno. De nuevo se percibe el equilibrio entre dos fuerzas antagónicas que gobiernan la actuación lingüística de muchos dominicanos: la inseguridad y la lealtad.

Recientemente se realizó un sondeo en el que se pedía a un grupo de 138 jóvenes universitarios de Santo Domingo y de Santiago que expresaran su acuerdo o su desacuerdo con este enunciado:

> 'El español que hablamos los dominicanos es peor y menos correcto que el que se habla en otros países, como España y Colombia'.

Muy de acuerdo	De acuerdo	En desacuerdo	Muy en desacuerdo

Los encuestados debían seleccionar, dentro de una escala valorativa como la que se muestra aquí, su grado de aprobación o desaprobación del enunciado anterior y de otros similares.

La encuesta arrojó como resultado que el 62% de los estudiantes estaba 'De acuerdo' o 'Muy de acuerdo', lo que confirma la idea tantas veces reiterada de que muchos dominicanos no juzgan positivamente su manera de hablar el español. En otras palabras, se verifica la presencia en la conciencia lingüística de la mayoría de los encuestados de cierta dosis de inseguridad, ya que revelan la existencia de un desajuste entre las formas que consideran correctas y las que realmente utilizan al hablar. Es importante notar que, dentro del 62% que comparte la creencia expresada en el enunciado, la mayoría (el 75%) no solamente está 'De acuerdo', sino que manifestó estar 'Muy de acuerdo'.

Hay que hacer constar, sin embargo, que los índices de aprobación y desaprobación del enunciado evaluativo resultaron muy diferentes en ambas ciudades. En Santiago, el nivel de aprecio al habla del país es inferior en un 19% al que se da en la capital. En la ciudad corazón del Cibao, un 70% concuerda con la idea de que el español de los dominicanos es inferior al de otros lugares y solamente el 30% desaprueba dicha afirmación. En cambio, en Santo Domingo, casi la mitad de la muestra, el 49%, expresa su rechazo al enunciado, lo que debe interpretarse como una afirmación de aprecio o conformidad con su forma de hablar. Se puede decir entonces que los capitaleños superan a los santiagueros en lo que respecta a su seguridad lingüística, que a su vez es un reflejo de lo que podría llamarse la satisfacción o la estimación de su propia modalidad lingüística. Estos hechos resultan comprensibles si se piensa que la capital, sede de la administración gubernamental, es un centro urbano más importante que Santiago, con todo lo que eso implica en cuanto a la concentración de la mayoría de las actividades de la vida económica, cultural, social y deportiva del país. Como es lógico, tales circunstancias tienden a infundir en sus habitantes un grado más alto de orgullo y de aprecio social.

La diferencia de valoración del español dominicano según la zona de residencia parece también coherente con la evaluación que se da a ciertos rasgos identificadores del dialecto de cada región. Se sabe que algunas formas de pronunciación que se producen con mayor frecuencia en el habla de los grupos sociales bajos y que son más abundantes en el estilo informal, como *puelta*, *pueita*, *puetta*, en lugar de *puerta*, están estigmatizadas, no son apreciadas por la sociedad en general. Sin embargo, existen diferencias en cuanto al grado de rechazo que se asigna a cada una de ellas. Por ejemplo, la pronunciación capitaleña (*puelta*) disfruta de cierta tolerancia social, en claro contraste con la repulsa que suelen suscitar las variantes populares propias de las otras regiones, como la vocalización cibaeña *pueita*, que se asocia generalmente con la idea de escasa educación o de procedencia rural.

Resulta altamente significativo, por otra parte, el hecho de que la opinión de la inmensa mayoría de los encuestados cambia drásticamente cuando la cuestión se plantea en términos positivos y el enunciado valorativo resalta de forma explícita la capacidad del dialecto de servir como símbolo de la nacionalidad.



Una de las afirmaciones sometidas a evaluación fue la siguiente:

> 'Nuestra manera de hablar el español nos identifica como dominicanos; por eso no se justifica el tratar de imitar el habla de otros países'.

La reacción suscitada por este enunciado fue abrumadoramente favorable. El 87% de la muestra de estudiantes está 'De acuerdo', y más de la mitad está 'Muy de acuerdo', con el valor del español dominicano como marcador de la identidad nacional.

Tales resultados demuestran que la inseguridad lingüística reviste una complejidad mayor que la que suele asignársele y que, para lograr una mejor comprensión del fenómeno, su análisis debe realizarse conjuntamente con el del orgullo y la lealtad a la comunidad de habla. Todo lleva a pensar que, excepto tal vez en situaciones patológicas, la inseguridad lingüística deja espacio para el aprecio y el apego a la modalidad lingüística propia.

Se puede extraer la conclusión de que en realidad, aunque parezca contradictorio, el sentimiento de inferioridad es superado por el de solidaridad o de lealtad. El primero, manifestado por la creencia de que el español hablado en el país es inferior al de otras zonas ('nuestro vino es *agrio*'), es sostenido por el 62% de la muestra. En cambio, el segundo, expresado por la idea de que el modo de hablar constituye un símbolo de la dominicanidad y que por tanto no se justifica imitar a otros ('pero es *nuestro* vino'), es compartido por el 87%. De manera coherente con lo expuesto con anterioridad, los datos corroboran una vez más el equilibrio entre la inseguridad y la lealtad. Ambas establecen una relación de mutua tolerancia, creando el ambiente propicio para su convivencia pacífica.

En definitiva, el estado mental de inseguridad lingüística de muchos dominicanos no es incompatible con la presencia subyacente en la conciencia de los ciudadanos del orgullo por su forma de hablar, que constituye el medio más efectivo para expresar solidaridad y lealtad a su grupo, a su comunidad, a su país. El modo de hablar una lengua constituye un factor importante en la configuración de la identidad cultural de las personas de cada país. Indiscutiblemente, el habla representa la más visible tarjeta de presentación con que cuentan los ciudadanos de cualquier nación. En tal sentido, los dominicanos se distinguen de los chilenos o de los salvadoreños, por ejemplo, no solo por lo que comen, por sus tradiciones, por su música, sino, especialmente, por su manera de hablar el español.

Hace ya unos veinte años, Zentella (1990a) documentaba el fenómeno de la inseguridad lingüística de los dominicanos en la ciudad de Nueva York, donde los propios dominicanos manifiestan una falta de aprecio a su modo de hablar. Según la autora, este sentimiento es reforzado por el rechazo que muestran otros grupos de inmigrantes hispanos (los cubanos, los colombianos y los puertorriqueños) hacia el español dominicano. En un trabajo posterior, la investigadora puertorriqueña analiza una serie de formas léxicas en cuatro dialectos hispánicos de Nueva York. En dicho estudio, se pidió a 194 hispanohablantes (73 puertorriqueños, 51 colombianos, 50 dominicanos y 20 cubanos) que identificaran 25 objetos presentados en dibujos e ilustraciones, indicando la palabra con la que se referían a dichos objetos en la conversación ordinaria.

La autora entiende que, a la circunstancia favorecedora de la adopción de anglicismos que supone la nueva realidad social de los inmigrantes y su deseo de aprender inglés, se añade otra presión. El anglicismo puede desempeñar una función neutralizadora de variantes dialectales competidoras, a causa del prestigio atribuido al inglés, y de este modo se resuelve el conflicto sin favorecer a un grupo a expensas del otro. Tal motivación fomenta y estimula el uso de más préstamos. Esta hipótesis parece confirmarse con los resultados obtenidos para el término inglés *kite*. Para designar ese objeto, en cada uno de los cuatro países representados en el estudio existe una forma distinta que fue utilizada por la mayoría de los sujetos de cada grupo: el 60% de los puertorriqueños seleccionó *chiringa*; el 76% de los dominicanos, *chichigua*; el 86% de los cubanos, *papalote*; y el 92% de los colombianos, *cometa*.

La capacidad lingüística parece constituir un factor relevante en la adopción o no del préstamo. Ningún miembro de los grupos que mayoritariamente consideran tener muy buena o excelente capacidad en español (los colombianos y los cubanos) mencionó la forma *kite*. Los dominicanos, que se asignaron una baja autoevaluación tanto en inglés como en español, confirman su tendencia a la inseguridad lingüística, lo cual podría ser un factor de importancia en la adopción de anglicismos como elemento que eleva el estatus y como medio de evitar las críticas a su modalidad de español, rechazada por los demás grupos. El estudio de Zentella presenta evidencias en este mismo sentido. Los miembros de los demás grupos rechazan las formas léxicas dominicanas y tienden a asimilar las variantes regionales de otros grupos. Algunos miembros de cada grupo, excepto los cubanos, han adoptado la forma *cometa*, usual de los colombianos; algunos de cada grupo, excepto los puertorriqueños, han adoptado la forma cubana (de origen mexicano) *papalote*; y algunos de cada grupo, excepto los colombianos, han adoptado la puertorriqueña *chiringa*. Los únicos que han tomado variantes propias de los otros tres grupos son dominicanos y, concomitantemente, el término dominicano *chichigua* fue el único que no fue adoptado por ninguno de los miembros de los otros tres grupos. Este es un hecho muy elocuente sobre el poder de las variables sociales en el proceso de nivelación o igualación dialectal.

Los factores sociales, como el nivel de educación, la raza, el poder económico, etc. contribuyen a determinar las actitudes de un grupo con relación a los otros, y con relación a los

rasgos de su modo de hablar. Y se sabe que una actitud negativa puede frenar la propagación de un elemento, y una actitud positiva puede favorecerla. En Nueva York, los dominicanos constituyen uno de los grupos inmigrantes más pobres, con menos educación y, entre los hispanos, de los más negros de la ciudad. Tales circunstancias motivan el que sean discriminados como individuos y como grupo, y que también sea menospreciada su manera de hablar, que se caracteriza por el radicalismo consonántico (elisión muy frecuente de la /s/, neutralización de las líquidas implosivas, etc.). La autora destaca que el hecho de que la variedad cubana no experimente el mismo grado de rechazo que la dominicana, a pesar de que también practica el radicalismo consonántico, revela la fuerza de los factores sociales frente a los lingüísticos.

Los hablantes de nivel social más alto pueden exhibir rasgos fonológicos radicales y a pesar de ello evalúan positivamente su dialecto y expresan actitudes negativas hacia el de otros. Zentella cita el caso de una joven cubana de 21 años, con 15 en los Estados Unidos, que expresa así su prejuicio sobre la forma de hablar de los dominicanos: 'Yo siempre pensaba que hablaban feo'. Pero su propia variedad de español contiene numerosos ejemplos de rasgos radicales no estándares, como la alternancia de /r/ y /l/ o la pérdida de la /s/. Y a pesar de todo ello, la joven se muestra orgullosa del español cubano:

> '*Yo* no creo que debemos *cambiar* la manera que *yo* hablo el español, a mí me gusta como *yo* hablo el español, porque *yo* creo que los *cubano* tienen el español más bonito'.

Esta actitud positiva entre los cubanos contrasta con las evaluaciones negativas que hacen los dominicanos de su propio dialecto. El 80% de ellos consideran que su español no debe ser enseñado en las escuelas, y el 35% aduce la razón de que es incorrecto o malo.

De acuerdo con los resultados anteriores, cabe plantear las siguientes preguntas: ¿La variedad lingüística dominicana está llamada a desaparecer del territorio norteamericano? ¿Se impondrán las modalidades cubana y colombiana? La investigadora puntualiza que si bien es cierto que el papel de las actitudes positivas y del prestigio es poderoso, hay que tener en cuenta que a menudo el prestigio encubierto contrarresta las expresiones de rechazo. Por eso, muchos dialectos no estándares y sin prestigio se mantienen a pesar del rechazo que sufren. Los miembros de la comunidad valoran ciertas formas no estándares porque funcionan como señales de lealtad, solidaridad, rudeza, masculinidad, y por eso las incorporan a su manera de hablar. En el estudio, varios dominicanos asociaron la pronunciación frecuente de la /s/ con afeminamiento y con presunción. De manera que aunque la conservación de este segmento es considerada abiertamente como correcta en la comunidad dominicana, su elisión puede asociarse de forma encubierta a la idea de masculinidad, de espontaneidad y de naturalidad.

El fenómeno de la inseguridad lingüística es estudiado también por Toribio (2000a y 2001), quien cita diversas opiniones en las que algunos inmigrantes dominicanos evalúan negativamente su propia lengua y expresan admiración por otras variedades hispánicas (Toribio, 2000a: 258):

> 'Los dominicanos tenemos el problema que hablamos con faltas ortográficas... Aquí se habla con falta ortográfica, no solo se escribe, sino que se habla también' (hombre de clase alta, 35 años).
>
> 'No sé por qué los niños no hablan un español mejor que el que hablan, que es tan pobre' (hombre de clase media, 62 años).
>
> 'Me gusta cómo hablan los españoles... Para como hablan los españoles y como hablamos nosotros aquí, hay mucha diferencia' (hombre de clase media, 30 años).

Esta predilección por la modalidad peninsular y su enfática negación de toda relación con los haitianos, entiende la autora, constituyen un intento de reafirmar su hispanidad, con-

vertida en una obsesión que fue promovida principalmente durante la época de la dictadura de Trujillo.

Pero a pesar de las presiones que podrían llevar a los dominicanos a abandonar el español a favor del inglés, o a preferir otras modalidades hispánicas más prestigiosas que la suya, los dominicanos residentes en los Estados Unidos conservan sólidamente su dialecto. Según Toribio, este hecho se debe a varios factores. La primera razón por la que mantienen su modo de hablar es porque el español los define como hispanos. Y no solo el español, sino el habla dominicana, porque se enorgullecen de ser dominicanos primero, e hispanos después. Es un asunto de identidad nacional. Otra razón mencionada por la autora es la discriminación que enfrentan los dominicanos que tienen rasgos africanos en los Estados Unidos. Muchos han sufrido esta discriminación racial, y por eso tienden a hablar español para desligarse y diferenciarse de los afroamericanos. En la República Dominicana, la citada actitud tiene su correlato en el rechazo que muestran muchos ciudadanos del país hacia sus vecinos haitianos y en su afán de reafirmar su hispanidad. Esto los lleva a identificarse más con la herencia española que con otros elementos raciales y culturales que también definen la identidad nacional.

En conclusión, parece estar claro que a pesar del estigma que lo empaña, el español de los dominicanos se mantendrá vigente en los Estados Unidos, porque constituye la mejor tarjeta de identidad con que los inmigrantes afirman su presencia dentro del contexto multinacional en el que viven. De momento, solo cabe esperar que en un futuro cercano se intensifiquen los esfuerzos por estudiar y conocer mejor la realidad lingüística de esa pujante comunidad de dominicanos, compuesta aproximadamente por un millón y medio de personas.

Notas

[1] El barrio de Manhattan llamado Washington Heights es también conocido como 'Quisqueya Heights' debido a su alta población de origen dominicano. Quisqueya es el nombre indígena con que se designa a la República Dominicana. El tramo de Broadway que discurre por esta zona de la ciudad es llamado entre los dominicanos 'Avenida Dominicana'. Y la avenida de Saint Nicholas, en el tramo que está al norte de la calle 162, fue renombrada de manera oficial Juan Pablo Duarte Boulevard, en honor al héroe de la independencia del país caribeño. La prensa local hispana destaca que en Washington Heights no solo se consiguen con facilidad productos agrícolas de la República Dominicana, como mangos, aguacates, limoncillos (quenepas), lechosas (papayas), cocos de agua y jugos naturales de tamarindo y de guayaba, sino que también se habla español.

[2] Entre las condiciones que favorecen la continuidad del español en estos jóvenes se encuentran la concentración residencial, la proximidad a los lugares de origen, el entramado mediático y el interés económico.

[3] Los datos presentados en esta gráfica proceden de Criado (2004), que a su vez utilizó como fuente el Nacional Survey of Latinos, de Pew Hispanic y Kaiser Foundation (2002).

[4] El proyecto, patrocinado por Brigham Young University, ya ha realizado más de 80 grabaciones de conversaciones libres de 45 minutos de duración cada una; las entrevistas se han hecho en dos ciudades donde se concentra la mayor cantidad de inmigrantes dominicanos: Nueva York, con más de 550.000, y Lawrence, en Massachusetts, con más de 22.000.

[5] Se trata de Felipe Polanco, Boruga, cuyos chistes pueden escucharse en http://www.youtube.com/.

[6] A la hora de caracterizar el modo de hablar de los dominicanos, Bailey (2000b: 557) afirma que se diferencia del español peninsular y del de otros países de Hispanoamérica más que las demás variedades del Caribe. Opina que determinadas formas de pronunciación tienden a ser marcadores sociolingüísticos de educación y de nivel social en Puerto Rico y en Cuba, pero que en la República Dominicana esas variantes representan la pronunciación estándar en las diversas regiones y grupos sociales. Pone como ejemplo el debilitamiento y la elisión de la /d/ intervocálica, que en Puerto Rico discriminan socialmente, en tanto en la República Dominicana el referido segmento desaparece en todos los sociolectos y en todas las regiones. Apoya su opinión con la afirmación que en el mismo sentido formula John Lipski (1994: 363): 'la /d/ intervocálica [sic] suele caer en todos los sociolectos y en todas las regiones'. Hay que precisar que la última parte de la afirmación anterior es correcta, ya que el proceso de referencia ocurre por igual en todos los rincones geográficos del país. Pero es totalmente inexacta la impresión de que el proceso sucede por igual en todos los sociolectos.

[7] El cambio se manifiesta de diferentes formas según las regiones, lo cual permite dividir el territorio nacional en varias zonas dialectales (Jiménez Sabater, 1975).

A. Santo Domingo, la capital, y algunas zonas de la región oriental:
Solución preferente: (l) y (Ø): *puelta* por puerta, *comé* por comer.

B. Suroeste:
   Solución preferente: (r): *úrtimo* por último, *paper* por papel.
C. Este:
   Solución preferente: asimilación a la consonante siguiente.
   puetta por puerta, *fadda* por falda.
D. Región norte o Cibao:
   Solución preferente: una semivocal (i): *pueita* por puerta, *faida* por falda, *mai* por mar o mal.

[8] Esta visión pesimista de las cosas ha encontrado eco en varios intelectuales, entre los que se destaca José Ramón López, quien en la primera mitad del siglo XX escribió *La alimentación y las razas*. En el ensayo 'Los intelectuales dominicanos en el siglo XX', publicado en la página electrónica *Letras Dominicanas*, Andrés L. Mateo concluye que 'los intelectuales dominicanos en el siglo XX libraron su combate. Pesimistas, en la mayoría de los casos'.

[9] A pesar de su carácter anecdótico, resulta oportuno recordar aquí que hace unos años, un destacado candidato a la Presidencia del país se lamentaba del deterioro que, según él, había experimentado la lengua de los dominicanos, no solamente en el uso común de la población, sino incluso en la versión formal de la prensa escrita. Como parte de su plan de gobierno en el campo de la educación, el referido político proponía una estrategia mágica para resolver el problema: traer maestros españoles, colombianos y costarricenses que enseñarían en cursillos de verano el 'buen español' a los maestros dominicanos. Una vez entrenados, los maestros ejercerían su influencia multiplicadora transmitiendo a los estudiantes sus nuevos conocimientos.

[10] Este estado mental de inseguridad lingüística se revela de distintas formas según Labov, en el inglés de Nueva York, especialmente en la clase media baja. Estos hablantes muestran un rango mayor de variación estilística que los demás hablantes, se esfuerzan más en utilizar las formas 'correctas' y manifiestan una fuerte actitud negativa hacia su propia forma de hablar. Véase W. Labov (1973), *Sociolinguistics Patterns*, Filadelfia: University of Pennsylvania Press, p. 117.

[11] Tales consideraciones permiten subrayar la importancia del prestigio encubierto, ese valor implícito que los miembros de una comunidad de habla asocian a las formas que utilizan normalmente en el habla espontánea, pero que intentan evitar en situaciones formales. De esta manera, fenómenos locales que en el contexto general de la sociedad se consideran prohibidos o inapropiados adquieren una función positiva de expresión de la solidaridad de cada miembro del grupo con los otros.

[12] Dentro de esta línea de pensamiento, A. Galmés de Fuentes (1964) señala que 'el temor... a despertar las risas o burlas de los vecinos por el empleo de un lenguaje afectado, es un freno que retiene la desaparición de los dialectos y contribuye eficazmente a mantener viva el habla tradicional. Y este temor a incurrir, ante los vecinos de una comunidad, en la afectación, al emplear formas extrañas a los usos dialectales del lugar, es de todos los minutos del día, mientras que el temor opuesto a ser bastos, poco refinados, a que conduce el mismo complejo de inferioridad, solo ocurre alguna que otra vez cuando un forastero visita el lugar, perturbando la intimidad de su vecindario'.

[13] Sobre el particular, M. Saville-Troike (2003: 23) sostiene que los miembros de una misma comunidad por lo general pueden entender las distintas variedades sociales y regionales de una lengua, pero no hablarlas. Solamente algunos imitadores de gran talento son capaces de hacerlo.